

Violencia y paz en la coyuntura latinoamericana actual

Cinco claves de entrada para la reflexión

GERMÁN GUTIÉRREZ*

INTRODUCCIÓN

Una reflexión sobre la problemática de la violencia en América Latina exige de nuestra parte tomar en cuenta al menos cinco claves de entrada para el análisis de tan espinoso tema.

La primera tiene que ver con el rumbo que ha tomado la actual estrategia de globalización, especial pero no exclusivamente, a partir de los acontecimientos del segundo 11 de septiembre.¹ En este nivel debemos tomar en cuenta los planes hemisféricos que especifican la nueva estrategia planetaria. Resaltan el Plan Colombia para el área

* El licenciado Germán Gutiérrez es investigador del Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI).

andina, el Plan Puebla Panamá para el área centroamericana, y el ALCA para todo el continente. Junto a estos planes regionales hay que tomar en cuenta también políticas específicas de creciente injerencia del gobierno de Estados Unidos contra gobiernos como el de Venezuela y Cuba, declarados «enemigos» de manera abierta en el llamado Informe Santa Fe IV, o de injerencia sobre gobiernos y naciones en crisis como el caso de Argentina. Esta clave de orden geopolítico se constituye en una fuente privilegiada de violencia en el continente.

La segunda tiene que ver con el impacto destructivo que el modelo neoliberal ha producido en nuestras sociedades en los diversos ámbitos de la vida social, no sólo en el económico, sino también en el político, cultural y ético. Constituye quizá la principal fuente estructural de la violencia social y cotidiana que sufre actualmente América Latina.

La tercera clave de nuestro análisis refiere al agotamiento de la población víctima de las políticas neoliberales, situada al borde de la desesperación y cada día más convencida de la necesidad de un cambio profundo de dicho modelo. Este es un campo latente de conflicto y movilización social organizada o espontánea, que frecuentemente genera respuestas violentas de parte de los gobiernos y grupos de poder, aunque la resistencia, como los proyectos alternativos, sean débiles con relación a los poderes hegemónicos nacionales y más aún internacionales.

En cuarto lugar no hay que perder de vista la dinámica de regiones y localidades. Ha habido una fuerte resistencia social y popular frente al neoliberalismo, y a todo lo largo y ancho de nuestra geografía se dan miles de experiencias alternativas profundamente innovadoras y de impacto local efectivo, que logran afectar poderes locales. Estos, a menudo, emplean la violencia para defender y mantener sus prerrogativas.

Por último, no podemos perder de vista que la magnitud de las transformaciones que vive actualmente el continente, impone la idea

de que las demandas de justicia (estrechamente asociada a la problemática de la violencia) no pueden entenderse hoy solamente como demandas levantadas a partir de opciones de carácter moral, ético o religioso, sino que se trata de cuestiones de vida o muerte, necesarias, para la mayoría de la población latinoamericana, con independencia de toda creencia. Del mismo modo, el carácter de tales transformaciones nos exige una revisión profunda de los conceptos macro a partir de los cuales interpretamos la realidad y orientamos nuestra acción, incluidos los tradicionales conceptos referentes a la violencia y las imaginaciones y paradigmas culturales que al respecto pretenden imponerse hoy.

1. GLOBALIZACIÓN Y VIOLENCIA

La expansión del capitalismo liberal a nivel mundial encontró en el siglo XX tres obstáculos importantes. El socialismo histórico, la emergencia de un nacionalismo desarrollista en el Tercer Mundo junto a la derrota del colonialismo, y el llamado estado social de bienestar. Estos tres grandes movimientos de resistencia al liberalismo económico no impidieron el proceso de expansión de las relaciones capitalistas a nivel mundial, pero lograron regular y en cierto sentido redireccionar las tendencias globalizantes de la economía. Pueden entenderse como fuerzas que establecieron, sobre las tendencias del sistema económico, límites políticos importantes en el campo de la concertación social y política de las clases y naciones, y también en las relaciones internacionales. En ese contexto surgieron las Naciones Unidas y toda una institucionalidad y legislación internacional de carácter progresista (a pesar de su ineficacia).

No obstante, el conflicto entre la expansión capitalista a nivel mundial y los nuevos escenarios de intervención social y política de la economía se mantuvo latente. De manera que en finales del siglo XX, tales proyectos entraron en franca crisis, al tiempo que se

fortalecieron los sectores más agresivos y expansionistas del capital internacional. Así fue posible un relanzamiento de la expansión global capitalista. Una nueva estrategia de globalización fue tomando forma desde los años sesenta y se impuso ya en los años noventa.

El pensamiento económico y finalmente la ideología que impulsó todo este proyecto en los últimos 30 años, es lo que llamamos neoliberalismo. Por esta razón hablamos de globalización neoliberal, o globalización en curso, señalando que no es la única posible, que es producto de una concepción y estrategia determinada, que no es inevitable y puede ser modificada.

Recientemente, la estrategia de globalización ha experimentado un cambio sensible. De haber sido impuesta mediante mecanismos internacionales económicos (deuda) y políticos (presión de los organismos internacionales) combinados con gobiernos militares o democracias militarizadas al interior de nuestras naciones, hoy esa estrategia se endurece con mecanismos políticos y militares de alcance planetario, impuestos unilateralmente por la única superpotencia imperial que son los Estados Unidos. La respuesta dada por el gobierno de Bush a los atentados del 11 de septiembre puso en evidencia tendencias que ya venían manifestándose, pero que tras el atentado terrorista, toman fuerza y se manifiestan de manera cada vez más clara.

La primera, que el impacto de las políticas de ajuste ha sido tan alto para todos los sectores de la sociedad, que se hace cada día más difícil imponerlas por los medios usuales. El fracaso del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) y la emergencia del movimiento antiglobalización, pusieron en evidencia que profundizar la estrategia de globalización requería instrumentos adicionales y reforzar la estrategia con fuertes componentes de carácter coercitivo, incluso de tipo militar (paso del mercado total al poder total).

La pretensión del capital y el Estado norteamericano, de asumir el liderazgo de la nueva configuración de poder mundial, expresa

una segunda tendencia que puede formularse como el paso de una época de imperialismos hacia una época de Imperio. La quiebra de las economías asiáticas producto de manipulaciones financieras, puso en evidencia que tras los acontecimientos económicos se estaban desarrollando estrategias geopolíticas tendientes al debilitamiento de los países asiáticos incluido Japón. Tanto en la guerra del Golfo como en la de Kosovo, el poder norteamericano cumplió un rol hegemónico indiscutido entre las superpotencias. En este caso fue notable el modo cómo impuso a Europa la guerra, y provocó de manera abierta a China (al bombardear su embajada) y a Rusia (al bloquear el paso de sus submarinos). La respuesta norteamericana al atentado contra las torres demostró que esa postura no era ya una tentativa, sino un hecho al cual el mundo debe responder. Esto significa que entramos poco a poco en un nuevo mundo en el cual se erige un solo poder mundial a cuyas iniciativas hay que adherirse o someterse si se quiere evitar una agresión total por parte del mega-poder.

La guerra antiterrorista se ha convertido en el recurso pretendidamente legitimador de este nuevo poder que emerge. A la destrucción de Afganistán sigue la del pueblo palestino y su lucha por la independencia, la autonomía y el territorio. Esta política de exterminio (como lo refleja la masacre de Jenin) muestra lo que espera a toda oposición o disidencia en cualquier lugar del planeta, ya que la guerra antiterrorista ha definido su enemigo de una manera tan amplia que bien podría decirse que incluye a todo aquel que no acepte las decisiones del gran poder, independientemente del contenido de ellas.

Este nuevo contexto augura un recrudecimiento de la violencia especialmente en todas aquellas regiones, naciones o movimientos sociales y políticos que impugnan la estrategia de globalización y el entreguismo de las elites de la región. En nuestro continente sobresalen los casos de Colombia, Venezuela, Argentina y Cuba, pero en cada nación sobresalen actores específicos (movimiento sin tierra en Brasil, movimiento indígena en Ecuador, etc.)

En América Latina, este nuevo momento de la estrategia de globalización se manifiesta de una manera muy clara. Anuncia un intervencionismo mucho mayor que el conocido hasta el presente.² Anuncia un aumento del militarismo en el Continente, mediante el Plan Colombia y el Plan Puebla Panamá. El Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA), un auténtico proyecto de control de las economías y recursos naturales de la región por parte del capital estadounidense, se presenta como el siguiente paso de la inserción de América Latina a la globalización. El ALCA incluye las medidas propuestas por el AMI y el control privado de los recursos naturales del Hemisferio (incluida el agua y la biodiversidad). El significado de este nuevo momento de la estrategia de globalización es en principio la mayor amenaza contra los derechos humanos en el continente, especialmente los económicos, sociales y culturales.³

Un caso bastante ilustrativo de la nueva política hemisférica del gobierno de los Estados Unidos fue la reciente Cumbre de Naciones Unidas realizada en Monterrey, para analizar problemas globales como la pobreza y el financiamiento al desarrollo. Fue notoria, en esa Cumbre, la absoluta negativa de los gobiernos a escuchar la voz de las organizaciones sociales, las ONG y las Iglesias. Es tal el poder de presión y sometimiento del poder norteamericano, que quiebra una tradición mexicana de política internacional (con relación a Cuba y a los derechos humanos). No deja de ser ilustrativo el que, tras la Cumbre, Bush decida visitar El Salvador el mismo día del asesinato de Monseñor Romero.

Un análisis sobre violencia y paz en nuestro continente no debe, pues, dejar de lado este primer aspecto de la cuestión. El fallido golpe de Estado contra el gobierno de Chávez en Venezuela señala el nuevo camino de intervención decidido por la Casa Blanca en el continente.

2. LA VIOLENCIA SOCIAL Y COTIDIANA TAMBIÉN FORMA PARTE DE LA GLOBALIZACIÓN

La globalización no sólo se manifiesta violenta, o un foco de violencia, por sus estrategias. También se manifiesta como un foco de violencia por sus efectos e impacto en la vida cotidiana de nuestras sociedades. Hablamos a menudo de violencia social, pero es mucho más que eso.

En el año 1992, tras fuertes debates internos, la ONU, por medio del PNUD, publicó un informe sobre la pobreza mundial, que causó muchas reacciones a nivel mundial, desde sorpresa, indignación, rechazo, etc. Dicho informe constataba la existencia de una profunda *desigualdad mundial tendencialmente creciente*.⁴ Constataba que se profundiza el abismo entre países desarrollados y países subdesarrollados, entre ricos y pobres al interior de cada uno de los países, entre zonas urbanas y rurales, regiones centrales y periféricas dentro de cada uno de los países.

Según dicho informe, los 350 más ricos del mundo perciben anualmente rentas superiores a las del 45% de la población mundial (cerca de 3.000 millones de seres humanos). Esto ya de por sí es escandaloso. Pero el *mayor escándalo* del mundo de hoy es que más de la mitad de esa población pobre en el mundo, se debate a diario entre la vida y la muerte a causa de su pobreza. Este es el hecho mayor frente al cual debe pronunciarse una auténtica ética y teología cristianas. El escándalo mayor no es la profunda desigualdad en sí, *sino la condena de millones de seres humanos a una muerte prematura, o a mal-vivir en la carencia total* por causas asociadas a dicha desigualdad.

En los últimos cuarenta años, América Latina y el Tercer Mundo han sufrido una dramática transformación que se manifiesta en todos los ámbitos de la vida social. Esa transformación puede designarse como el paso de un contexto utópico, inclusivo y con referentes

universalistas, a un contexto de incertidumbre y caos, de exclusión y cuyo principal referente es el de la guerra por la sobrevivencia.⁵

Desde los años sesenta resultó evidente que la búsqueda de caminos de desarrollo en el Tercer Mundo pasaba por trascendentales decisiones políticas que rompieran los marcos de la dependencia económica, política y cultural respecto a los centros de poder imperial mundiales, y el capital transnacional en ascenso. En América Latina, esa búsqueda fue violentamente sofocada por la vía del terrorismo de Estado y la intervención directa norteamericana. El cambio de estructuras necesario para el desarrollo, fue reemplazado por el ajuste estructural neoliberal. Las dictaduras militares no sólo aplastaron los movimientos independentistas, sino que transformaron las estructuras económicas y políticas heredadas del desarrollismo.

Las políticas de ajuste estructural significaron en grandes líneas la apertura total de los mercados internos a los bienes, servicios y capitales financieros transnacionales, la reorientación de la estructura productiva hacia la exportación de materias primas y productos agrícolas, la eliminación de toda estructura y responsabilidad social por parte del Estado, la privatización de los servicios públicos y empresas estatales, el desmonte paulatino de la legislación laboral y social, al tiempo que una guerra total contra los sindicatos y demás movimientos sociales y políticos de corte reivindicativo.

Este nuevo modelo profundizó aún más la dependencia de nuestras sociedades. A la apropiación de excedentes por parte de los capitales extranjeros vía inversión directa, al intercambio comercial desfavorable y la deuda externa cada día más destructora, se sumó la entrega, a precios irrisorios, de las empresas públicas al capital privado y extranjero; se abrieron espacios para los capitales especulativos y se crearon enclaves industriales que recuerdan los modos de explotación de principios del siglo XX.

A nivel social el costo es mayor. La quiebra de las pequeñas y medianas industrias, también de grandes empresas que no logran insertarse en los circuitos internacionales de capital. El empobrecimiento creciente de las capas medias, implantación de contratos a término fijo, desmonte de la seguridad social, aumento del desempleo, del sector informal y de la población considerada en la línea de pobreza y debajo de ella. En contraste, hay una elite cada vez más reducida y opulenta, que ha perdido todo referente nacional, que vive y reclama una “ciudadanía universal”, acorde con la cotidianidad de su modo de pensar y sus hábitos de trabajo y consumo totalmente globalizados.

Hoy, todos los grupos de la sociedad viven una cotidianidad de creciente incertidumbre. Los pequeños y medianos empresarios viven bajo la sombra de la casi inminente quiebra. El empleado vive bajo la sombra del despido. El desempleado, el subempleado, el trabajador “informal” y el del “rebusque”, bajo la amenaza de una sobrevivencia cada día más precaria y azarosa.

La creciente incertidumbre y la precariedad traen consigo la desesperación, la prescindencia de los referentes de sociabilidad, la inseguridad, la migración y la proliferación de acciones económicas como el robo, la corrupción, la prostitución, el tráfico de drogas, etc. El nuevo cielo que trae la sociedad consumista y que se presenta a diario a los ojos de la excluida y el precarizado como posible, exacerba la búsqueda desesperada y a menudo descriteriada de recursos.

Esta situación no es exclusiva de América Latina. Es generalizada en el Tercer Mundo y se hace presente también, en menor medida, en el primer mundo: desempleo estructural, drogadicción, inseguridad, informalidad, fragmentación de la vida social, ruptura de los vínculos comunitarios fundamentales, incertidumbre laboral, desmonte del Estado social, especulación financiera con los fondos de pensión y atención a la vejez, creciente poder de las transnacionales sobre las decisiones nacionales, corrupción, violencia social creciente, violencia contra los migrantes, etc. La globalización neoliberal, en

pocas palabras, ha aplastado en nuestros países los derechos humanos de la persona, y los derechos económicos, sociales y culturales de nuestras naciones y pueblos. Esta violencia estructural no aparece normal o usualmente asociada a las estrategias de la globalización. Es en este contexto de violencia estructural que emerge la violencia cotidiana, la que nos hace sentir cada día más insegura la existencia.

Quizá el impacto más grave de esta creciente polarización e inseguridad en nuestras sociedades, asociada a la crisis de sobrevivencia y la exacerbación de la competencia entre todos los grupos de la sociedad y al interior de cada uno de ellos, es la *crisis de los vínculos de sociabilidad y de la institucionalidad correspondiente* en la mayoría de nuestras naciones. En América Latina éste es un foco de violencia a menudo más silencioso pero mucho más letal que el de las estrategias de dominación imperial con el cual está directamente relacionado. Esta polarización creciente es una *amenaza para todos y todas* y ya no sólo para los sectores empobrecidos o excluidos.

No es gratuito el crecimiento acelerado de la inseguridad. Inseguridad de quienes son lanzados a una vida delictiva a fin de sobrevivir o encontrar un lugar en la sociedad, inseguridad de los incluidos que sienten constante asedio a sus recursos económicos. El crecimiento de la inseguridad ciudadana y de inseguridad laboral promueve nuevas esferas de mercado. Economías de la muerte, mercado de armas, de drogas, ocupan un lugar creciente en la economía mundial, en un sistema que hace tiempo abandonó la satisfacción de las necesidades humanas como criterio de eficiencia, y se ha lanzado ciego a la búsqueda del lucro fácil en las esferas especulativas e ilegales de la economía de mercado. Junto a estas actividades de alto riesgo, un creciente y promisorio mercado relacionado con la seguridad privada. Hoy en día el 60 o 70% de la seguridad está en manos de compañías privadas. El mercado produce la inseguridad y alimenta la criminalidad, pero al mismo tiempo ofrece el antídoto: más seguridad privada y más militarización social. Se trata de un camino hacia la autodestrucción de la sociedad

por la vía de la violencia creciente en las sociedades, una violencia que ya no brota sólo de las estructuras de poder estatal, sino que brota del propio interior de nuestras sociedades, producto del propio orden socioeconómico impuesto. Cuando el eje de la vida social es el lucro y el consumo desbordante aparejados de una exclusión creciente, la violencia es uno de los muchos caminos para sobrevivir, para el enriquecimiento rápido, para alcanzar las promesas de consumo a la vista, etc.

La lucha desesperada de sobrevivencia se sitúa a menudo en la propia lógica del sistema. Vendedores ambulantes, prostitutas y demás trabajadores informales se pelean entre sí por un espacio de calle, su “lugar de trabajo”. Comerciantes “limpian” sus aceras de mendigos e indigentes que “afean” su “frente” y “espantan” al cliente. Muchas disputas familiares o barriales se resuelven por medio de las armas o mediante la contratación de servicios especializados en “quitar de en medio” a quien “estorbe”. Bandas de barrio brindan seguridad al vecindario o logran imponerse a la comunidad mediante intimidación y terror. Los grupos medios se refugian en sus condominios cerrados con seguridad privada y los poderosos en sus búnkeres rodeados de guardespaldas. Parecieran escenarios propios del cine, pero son paisajes de muchas de las grandes urbes de nuestra América Latina.

La polarización social y la fragmentación del tejido social que produce el orden neoliberal de la sociedad en la que cada cual tiene que salvarse como pueda, conduce a la paramilitarización de la sociedad y a la exacerbación de la violencia privada. Cada pequeño grupo o clan tiene necesariamente que armarse como pueda para encontrar su “nicho” en la sociedad de mercado total o para defenderlo. Así, al tiempo que el orden neoliberal alimenta la destrucción del Estado (en lo social) y fortalece la militarización estatal, al mismo tiempo alimenta la conformación de grupos de seguridad privada que no son otra cosa que la antesala de la paramilitarización de la sociedad.

Las actuales tendencias, de creciente polarización y violencia social, de inseguridad de la vida cotidiana, de expansión de las economías ilegales (droga, armas, contrabando, venta de órganos, prostitución infantil, etc), son todas ellas amenazas de muerte que pesan en nuestro diario vivir. Una reflexión sobre la violencia en el continente pasa necesariamente por el análisis de esta dimensión. Constituye un desafío para las iglesias, muchas de las cuales persisten en que la causa de esta situación es la crisis de valores, enfrentándose a menudo con los efectos y no con las causas de la situación.

3. LA LUCHA POR LAS ALTERNATIVAS Y LOS ESPACIOS LOCALES Y DE REGIÓN

En América Latina, el modelo neoliberal se encuentra en un profundo estado de deslegitimación. En la gran mayoría de la población genera un profundo desacuerdo y rechazo. Sólo grupos muy reducidos lo defienden. Es tal el rechazo, que los mismos grupos que lo implementan, tanto por interés propio como por presión externa, lo hacen sin hacer de dicha política una bandera; al contrario, tratan hoy en día de negar que lo que hacen es neoliberalismo, o evitan caracterizar sus acciones y proyectos. Muy pocos, especialmente los fundamentalistas y los escritores a sueldo en los grandes medios de comunicación, son los que todavía lo reivindican con cada día más cautela.

Pero una cosa es legitimidad y otra poder. Así como notamos que en los sectores populares, clases medias y sectores importantes de la empresa privada y del Estado, el rechazo al neoliberalismo es completo, así mismo, dadas las relaciones de poder, muchos de estos sectores callan e intentan mantener abiertos pequeños espacios de negociación para bien propio. Esto es común especialmente en los sectores empresariales, en los grupos medios y en los sectores de la burocracia estatal.

El rechazo al neoliberalismo en nuestras sociedades es tal que ha sido retomado como bandera electoral muchas veces por propios candidatos del sistema político tradicional o por algunas de sus variantes populistas. Sin embargo, una vez en el gobierno, los verdaderos dueños del poder, tanto nacionales como extranjeros, han impuesto sus decisiones y voluntades, y las promesas electorales se han quedado en simples promesas. En realidad, es poco el margen de cualquier gobernante hoy en día en América Latina. Las decisiones centrales ya no se toman en el ejecutivo. Los gobiernos de turno escasamente imponen su «estilo»; pero el contenido de fondo de las políticas gubernamentales es trazado por los organismos internacionales de crédito, financiamiento y comercio, y por el Departamento de Estado norteamericano. La dificultad de deslindarse de este modelo ha sumido a la mayoría de partidos tradicionales del continente, al propio sistema político y al Estado, en una profunda crisis.

No hay indicio alguno que nos permita esperar cambios sustantivos desde las estructuras de poder. Al contrario, entre mayor es la inseguridad y el caos producidos por el modelo neoliberal de sociedad, mayor es la militarización de la vida social tanto estatal como privada. Por tanto, en vistas a un análisis de las posibles alternativas, hemos de examinar las formas de resistencia y los proyectos de cambio que los distintos grupos humanos y personas vienen adelantando de tiempo atrás, y los que pueden madurar en los próximos años.

Cuatro son las formas actualmente predominantes de esa resistencia y lucha por alternativas en América Latina hoy.

Primero, la impulsada por aquellos países donde se desarrollan procesos profundos de cambio; se da una dura lucha por la defensa de la soberanía y del interés nacional con contenido social, como son los casos de Cuba y Venezuela. Estos dos países y gobiernos soportan en la actualidad el peso de una política de bloqueo y conspiración norteamericana, profundamente preocupada por la creciente

inestabilidad de la región y la posibilidad de que estas dos experiencias puedan ser alicientes fuertes a procesos de cambio en el continente. Tanto el reciente golpe de Estado contra el gobierno venezolano de Hugo Chávez, orquestado por el gobierno norteamericano, como la política de bloqueo y de aislamiento de Cuba, son la mejor prueba de que cualquier camino alternativo trazado por el sistema neoliberal debe prepararse para enfrentar todo el poder de la desinformación, el bloqueo económico, la conspiración, el aislamiento en las relaciones internacionales y otros medios de guerra de que es capaz el Imperio. Aunque pocas son las naciones en las que se dan condiciones favorables al establecimiento de gobiernos similares a los de estos dos países, no deja de preocupar al Imperio la desestabilización tan profunda que viven actualmente sociedades como la colombiana, la argentina y la ecuatoriana.

La segunda se expresa en fuertes movimientos nacionales de protesta que son, o bien, reacciones a una situación de crisis antes que la maduración de un proyecto social alternativo (como el caso del cacerolazo argentino), o bien, movimientos sociales o políticos de mayor consistencia organizativa pero que no logran articular una clara alternativa nacional y popular (como el caso de Ecuador, Brasil, México o Uruguay). Hemos asistido en los últimos diez años a la consolidación de proyectos políticos alternativos con posibilidades de gobierno como el PRD en México, el PT en Brasil, el Frente Amplio de Uruguay, el FSLN en Nicaragua. También al surgimiento de importantes movimientos y organizaciones sociales de carácter nacional y con una gran influencia política en nuestras sociedades, como son el movimiento indígena en Ecuador, o el movimiento de los Sin Tierra en Brasil. Todos ellos expresan la maduración de proyectos sociales y de centro izquierda que luchan por la democratización de sus respectivas sociedades y la implementación de un modelo de desarrollo alternativo al neoliberalismo. En ocasiones tienen muchos conflictos con movimientos locales, regionales y sectoriales sobre su concepción de la política, de la

unidad, de la democracia al interior de los procesos alternativos, de la participación en el campo institucional, etc. No logran convocar de manera contundente a las mayorías nacionales ni populares, y tampoco están exentos de algunos de los vicios propios del sistema político. Sufren estos proyectos el ataque de todo el poder disponible del sistema (medios de comunicación, instituciones estatales, capital privado). A pesar del desgaste, y sus vaivenes internos, se mantienen y son fuerzas de gran importancia a la hora de buscar consensos y aliados en la lucha contra el neoliberalismo.

En tercer lugar, la lucha desarrollada por movimientos armados que, en el Continente, se reducen al caso de la insurgencia colombiana (Farc-Eln) y al zapatismo. Se sitúan en una coyuntura absolutamente desfavorable para este camino de confrontación, en la cual la lucha armada de carácter popular e insurgente se encuentra en un momento de no-vigencia a nivel continental y regional (a diferencia de los períodos de los años sesenta y setenta en todo el continente, y de los ochenta especialmente en Centroamérica). No obstante tienen un gran peso como factores de inestabilidad regional, particularmente el caso colombiano para la zona andina. Especialmente en el primer caso, son cuestionados sus conceptos y métodos de trabajo, en su relación con las comunidades, a menudo autoritarias y de corte más militar que político, así como su débil capacidad de enfrentar el poder de manipulación mediática del poder. No han logrado encontrar una respuesta adecuada y eficaz contra la estrategia paramilitar, lo cual ha implicado costos altísimos a la población civil. Tampoco logran transformar una correlación política y militar de fuerzas que les es desfavorable, sin tomar en cuenta que en varias ocasiones han caído en violaciones del derecho internacional humanitario lo cual les ha acarreado importante pérdida de legitimidad ante la comunidad internacional y la sociedad civil. Caso distinto es el zapatismo que aunque militarmente es una fuerza muy débil en comparación con las anteriores, en términos políticos tiene una gran fuerza e influencia no sólo nacional sino también internacional.

Dado el carácter del sistema actual, las fuerzas que propugnan alternativas de confrontación armada provocan por parte del poder una estrategia de tierra arrasada contra la población civil, y de implementación del barbarismo paramilitar, de manera que no sólo no logran sus objetivos sino que agudizan el militarismo y autoritarismo del poder. El conflicto armado desemboca a menudo en un conflicto de aparatos en el cual el pueblo termina siendo el gran damnificado, independientemente de la intencionalidad de los movimientos armados de izquierda. La estrategia contrainsurgente actual del imperio consiste en descomponer social e ideológicamente el conflicto armado (como es el caso de Colombia).⁶ Sólo el zapatismo ha logrado neutralizar la estrategia contrainsurgente en la medida en que ha centrado sus esfuerzos en el accionar político y ha logrado elaborar un discurso alternativo que, ni ha podido ser instrumentalizado por el poder, ni deslegitimado por la acción perversa de los medios de comunicación al servicio de la contrainsurgencia. A pesar de todo, el zapatismo también ha enfrentado la ceguera y la sordera del poder, ha sufrido la provocación constante, se enfrenta a una política de mentira, de minimización e invisibilización del conflicto, y a una guerra constante de desgaste.

Por último, la forma de lucha más generalizada en el continente es la auténtica explosión de luchas específicas, locales, regionales o por sector, que intentan articular espacios concretos de sobrevivencia y resistencia, y en algunos casos intentan desarrollar experiencias alternativas de carácter local, destacándose en este campo la emergencia de los poderes municipales en manos de movimientos cívicos que intentan reorganizar la vida municipal de nuevo modo, con criterios éticos y sociales como rectores de la organización local. Economías informales, economías solidarias y comunitarias de resistencia orientadas por criterios de vida antes que por criterios mercantiles, de competitividad, eficiencia y cálculo; nuevos movimientos sociales (cívicos, étnico-raciales, de mujeres, de jóvenes, ecológicos, etc.) y Organizaciones No Gubernamentales (ONGs); proyectos de recuperación de las culturas autóctonas locales; reconstrucción de las organizaciones más antiguas de tipo sindical y

campesino con una mayor apertura hacia lo cívico y comunitario, muchas de ellas vinculadas a movimientos internacionales, son experiencias que se difuminan por miles en nuestro continente, que no logran conmover al poder, pero no por ello dejan de ser semillas de un nuevo mundo y sociedad por venir.

En este concierto de voces plurales procedentes del mundo de lo popular y comprometidas con ese mundo, se enmarcan movimientos eclesiales de gran impacto local y regional, de corte tanto católico como protestante, religiones populares, indias y afroamericanas e incluso algunos orientalismos vinculados más a la salud natural y a la promoción de estilos de vida alternativos al consumismo, al mercantilismo y a la mentalidad de depredación típicas del modo occidental de cultura. Es interesante notar cómo todas estas formas alternativas, inmersas en su lucha económica y política, vinculan como elemento central la búsqueda de otro modo de vivir la vida y comprender el mundo; se trata de una dimensión cultural que trasciende las urgencias coyunturales y se sitúa en un terreno propio de las transformaciones profundas y de tiempo largo.

Todas estas fuentes de desafío al orden productor de caos que es el neoliberalismo, se identifican en muchas de sus ideas básicas, aún cuando actúan a menudo de manera separada y con débiles articulaciones. En pocas coyunturas convergen. Sin embargo, son los caminos que se expresan hoy en día.

En términos de la construcción de alternativas podemos decir que no vivimos tiempos de construcción de nuevas sociedades o de triunfos populares en el corto plazo. No obstante, el potencial destabilizador del neoliberalismo es tal que no podemos descartar en años venideros situaciones que hagan posible el ascenso de gobiernos democráticos que intenten al menos revertir los procesos destructivos del neoliberalismo. Tampoco podemos descartar procesos de militarización en el continente, exacerbación de la violencia, o resurgimiento de populismos de derecha.

Dentro de todo ese complejo panorama de las alternativas hay cambios profundos y promisorios por los cuales apostar. Uno de ellos es la emergencia de los procesos de control local y municipal por parte de las izquierdas y los movimientos cívico-populares, que intentan promover modos alternativos de convivencia y participación popular y ciudadana. No se trata de procesos de cambio estructural pero se inscriben en esa línea. No dejan de sufrir a menudo la ofensiva de los poderes centrales, pero al arraigarse en las necesidades de las propias comunidades y promover su participación en la búsqueda de soluciones viables a los problemas más urgentes, tienen una fuerza que no es posible debilitar fácilmente. Estos nuevos espacios integran de mejor manera los nuevos movimientos y las nuevas demandas sociales y culturales de la población. Muestran que si bien las luchas alternativas en el continente no tienen la fuerza de doblegar los poderes centrales, pueden enfrentar poderes regionales con mejores posibilidades y reconstruir relaciones e instituciones de convivencia en los espacios locales y de región. Hoy en día la mayoría de los gobiernos municipales en América Latina han escapado del control de los partidos tradicionales y aunque no todos se inscriben en una alternativa popular, reflejan cambios profundos en el mapa político del continente, un mapa que aún no se reorganiza con claridad. Es en el interior de ese proceso donde las izquierdas y los movimientos sociales y populares han logrado sus mejores victorias. Victorias quizá no definitivas pero sí victorias de gran trascendencia en términos de aprendizaje y construcción de alternativas, así como de debilitamiento de los factores de violencia.

4. NUEVAS TAREAS Y PERSPECTIVAS

En una visión de conjunto, podemos afirmar que actualmente asistimos en América Latina a la emergencia de viejas-nuevas preocupaciones y temas en la agenda de los movimientos populares, formulados de manera distinta a como se pensaron en el pasado;

temas que reaparecen, unos ya están puestos en la agenda de muchos movimientos, otros aún no lo hacen con fuerza, otros se insinúan, etc. Por ejemplo,

- 4.1 La emergencia y construcción de una sociedad civil fuerte y alternativa, que se define a sí misma como independiente del Estado pero también del sistema actual de propiedad privada capitalista y de mercado total. Este es un proceso que se da al interior de cada una de las naciones pero también a escala mundial, por ejemplo, en el movimiento anti-globalización y en el Foro Social Mundial.
- 4.2 La idea de que es urgente una nueva construcción de sociedad, nación y país como respuesta a la polarización económica y social, a la crisis de la convivencia y de las instituciones vinculantes de la diversidad social producidas por el neoliberalismo. Esto implica asumir el reto y el costo de la soberanía en el contexto de un mundo de creciente interdependencia.
- 4.3 Recuperación de lo local y comunitario fortalecido con gobiernos municipales. Este es un proceso que en América Latina se da hoy a nivel muy amplio. En ese contexto, los nuevos movimientos y procesos se relacionan con el Estado de una manera distinta a partir de estas experiencias de control municipal.
- 4.4 La posibilidad de recuperar la idea de desarrollo y de la política en el sentido de discernimiento de los rumbos de una nación y de los modos de construir los consensos como camino necesario para la búsqueda del bien común.
- 4.5 También es evidente en la América Latina de hoy, la convicción de que nada de esto es posible sin la construcción de un nuevo tipo de espiritualidad y subjetividad en lo cual juegan un rol central las culturas, el arte, la salud, las relaciones de género, el rol de los jóvenes, las relaciones sociales ancestrales y populares,

las religiones y religiosidades populares, el ecumenismo práctico y el verdadero diálogo y encuentro de religiones y culturas. A partir de transformaciones en estos terrenos se modifican también campos de las relaciones sociales. Ya hace tiempo se está dando un reencuentro con el universo simbólico mítico de lo popular y con los quehaceres y creaciones de los pueblos que a menudo no se manifiestan de manera pública ni organizada y la lucha por la re-construcción de nuestras naciones como naciones pluriétnicas y plurinacionales.

- 4.6 Parte de esta reconstrucción de vínculos societales incluye con cada día mayor fuerza a toda nuestra población migrante que hoy lucha en los países desarrollados por abrirse un espacio de vida en este mundo excluyente, y dentro de la cual crece la conciencia, la organización y la acción solidaria hacia sus pueblos de origen y contra la discriminación y exclusión que sufren dentro de los auto llamados fortines de la libertad, la democracia y el desarrollo. Igualmente se integra dentro de un proceso global de resistencia y transformación al actual proceso de globalización, uno de cuyos espacios privilegiados de encuentro es el del llamado Foro Social Mundial, espacio para compartir experiencias y sueños, ampliar horizontes, aunar esfuerzos y promover acciones que puedan contribuir a conmover los propios fundamentos del orden mundial actual y avanzar en la construcción de alternativas.

5. CONCLUSIONES

La crisis producida por el neoliberalismo en todas las sociedades del continente dejó ver en los años noventa que la violencia política abrió espacio a un modo de violencia mucho menos espectacular pero mucho más destructiva: la violencia económica, social y cotidiana, que ha transformado profundamente las maneras de vivir y las estructuras e instituciones vinculantes y de convivencia. A la

crisis en las condiciones de vida de los pueblos latinoamericanos se ha sumado la crisis institucional y con ello, poco a poco a la propia crisis de deslegitimación del neoliberalismo en el continente.

A finales de los años noventa esta crisis era evidente y pudimos constatar el aún débil pero innegable fortalecimiento de los movimientos de resistencia y de búsqueda de alternativas tanto en el plano político como en el social y cultural. Ante tal crisis, el sistema ha respondido con un nuevo proyecto de dominación en el cual la fuerza y el componente militar vuelven a colocarse a la orden del día, y una nueva fase de contraofensiva imperial amenaza con recrudecer la violencia y el terror en nuestras sociedades. Al tiempo se intenta profundizar con el ALCA, el modelo neoliberal ya casi agotado.

Ante esta situación, mientras que crece en el continente el rechazo al neoliberalismo, crece el temor y la sumisión de los gobiernos frente a la nueva política norteamericana para el Hemisferio. Esto puede constatarse en acontecimientos recientes (fallido golpe de Estado en Venezuela y endurecimiento en la política hacia Cuba doblendo tradicionales relaciones de respeto mutuo a la soberanía como las existentes entre México y Cuba).

Aunque se amplía el espectro de grupos sociales susceptibles de alinearse en un proyecto alternativo al neoliberalismo (en las capas medias de la población y sectores empresariales golpeados por las políticas de apertura al capital transnacional), es la propia dinámica de los movimientos sociales y partidos políticos más vinculados a los trabajadores y sectores más pobres de la sociedad la que puede concitar la participación decidida de todos los posibles aliados en proyectos que demandan un costoso acto de soberanía y rebeldía frente al poder dominante.

En esa línea cuatro formas de resistencia son las más relevantes en el continente: la de los gobiernos y pueblos de Cuba y Venezuela; la de los movimientos sociales de carácter nacional; la de los partidos

políticos de centro izquierda que en algunas de nuestras naciones han logrado importantes avances políticos y organizativos como el caso de Ecuador, Brasil, México, Nicaragua; y lo más relevante, la emergencia de los poderes municipales, locales y de región que son lo más generalizado en todos los países de América Latina. Caso especial son la resistencia zapatista y la insurgencia colombiana, en un contexto donde este camino de resistencia se encuentra en un momento de fuerte decaída.

Siendo estos procesos de resistencia modos de enfrentar la violencia sistémica, enfrentan a su vez una respuesta violenta del poder tanto a nivel hemisférico como a nivel de nación y también de región. De este modo, esa naciente emergencia de alternativas constatadas en finales de los años noventa enfrenta actualmente una coyuntura de fuerte regresión por parte del poder.

Qué resultará de este nuevo momento es algo que no puede preverse, por lo cual no pueden destacarse procesos de militarización de las sociedades latinoamericanas o de regiones importantes del continente. Pero al mismo tiempo no puede descartarse que en algunas naciones puedan fuerzas progresistas promover políticas de enfrentamiento a la destrucción que ha producido el neoliberalismo, todo esto dentro de un contexto general en que las alternativas y las victorias populares no están en el orden del día como posibilidad.

La apuesta más importante a resaltar es la proveniente de los procesos locales y regionales que a todo lo largo y ancho del continente vienen fortaleciéndose y ampliándose en medio de no pocas dificultades. Es al interior de esos procesos donde han podido confluír formas nuevas de los movimientos sociales y populares del continente, donde convergen movimientos eclesiales con organizaciones sociales y con organizaciones que promueven como importante componente un cambio cultural profundo que transforme los modos tradicionales occidentales de vivir la vida, las relaciones humanas y concebir el mundo y la naturaleza; son los caminos donde transita hoy la

esperanza, se refuerza la utopía y se siembran las semillas del cambio necesario.

Toda esta situación implica un gran reto a las Iglesias latino-americanas, no sólo en el campo de acompañar estos procesos de resistencia y búsqueda de alternativas a la crisis existente, sino también como una de las pocas instituciones que a pesar de todas sus deficiencias y debilidades, pueden contribuir a establecer puentes entre los diferentes sectores de la sociedad a fin de construir de un nuevo modo nuestras sociedades, nuestras naciones y nuestros países.

Notas

¹ El primer 11 de septiembre de nuestra historia reciente latinoamericana es el del golpe militar chileno de 1974, orquestado desde la Casa Blanca, que significó el asesinato de Salvador Allende y de la experiencia democrática del gobierno de la Unidad Popular, y que inauguró en el Continente un largo período de dictaduras militares, pero más importante aún, la emergencia de la dictadura del nuevo orden neoliberal.

² Como lo revela el fallido golpe de Estado contra el gobierno de Chávez en Venezuela, orquestado por el gobierno norteamericano.

³ Aunque no sobra recalcar, que el alcance de las amenazas depende también de las respuestas que los pueblos, las organizaciones sociales y las comunidades puedan articular a nivel continental, en los espacios nacionales, en las regiones y también en los municipios, como pudo notarse en Ecuador, en Argentina y más recientemente en Venezuela.

⁴ Para tal efecto pueden revisarse los *Informe sobre Desarrollo Humano* del PNUD, desde 1992 hasta el 2001.

⁵ “Si la década de los sesenta estuvo marcada por la gran esperanza de ver que se iniciaba un irreversible proceso de desarrollo a lo largo de todo lo que llamábamos el Tercer Mundo, y especialmente Africa, hoy vivimos la época de la desilusión. El desarrollo se ha parado, su teoría está en crisis y su ideología está en tela de juicio. La concordancia en comprobar el fracaso de desarrollo en Africa es, por desgracia, general; por lo que se refiere a Asia y América Latina, las opiniones están más divididas...” Amin, S., *El fracaso del desarrollo en Africa y en el Tercer Mundo*, (España: IEPALA, 1994).

⁶ Ver Gutiérrez, «Colombia: La estrategia de la sinrazón» en Hinkelammert (ed.), *El huracán de la globalización*, (Costa Rica: DEI, 2000).